

MOLINOS DE VIENTO MANCHEGOS

En cualquier lugar de la Mancha, porque en el que fuere hallaremos la asentada llanura, moteada de barbechos y escuálidos trigales salpicados de amapolas, el cielo raso y la descomunal figura del molino de viento recortada en el horizonte, podemos acometer la ya casi quijotesca aventura de puntualizar cual era el mecanismo que utilizando como fuerza motriz el viento que manda Dios nos molía el grano para hacer el pan nuestro de cada día.

Mucho se ha esforzado el manchego para arrancarle a su tierra el sustento y profundas las raíces que necesitó para lograrlo, pero en vano se sacrificará para cambiar la pobreza de su suelo, que le hizo andariego caminando detrás de las ovejas de que vivía. Y la andadura interminable le hizo soñador, amigo de la caza y lucubrador entre sí.

Hay sin embargo, con referencia a los molinos, un cierto lugar en cuesta que sobresale por encima de todos y que ha tenido el fino gusto y acierto de singularizar su «sierra», en la que forman especial crestería los molinos de viento, que si no son los 30 ó 40 que alucinaron a Don Quijote, son los más numerosos y mejor conservados que en ninguna parte, incluso uno con todas las piezas primitivas. Pocos transeúntes habrán dejado de recrearse en el bello aspecto de Campo de Criptana, cuyo caserío, pregonero del cuidado de sus mujeres, blanquea desde una legua y atrae con su corona de molinos a los trajinantes más distraídos.

Lo que vemos por fuera, lo que pudo ver y vio aunque transfigurado por su ideal, nuestro caballero andante, es una obra de mampostería de forma rigurosamente cilíndrica, detalle importante para diferenciar el molino manchego de otros, nacionales o extranjeros, que son cilindro-cónicos en mayor o menor grado.

Es una construcción de sólidos cimientos y gruesa muralla hecha con yeso de los Anchos y piedra firme, con ciento cuarenta cahices de yeso, dicen y según nuestro primer arabista Julio Maroto, el cahiz, medida de áridos, hacía doce fanegas, la fanega doce celemines, el celemín cuatro cuartillos, el cuartillo cuatro ochavos y el ochavo cuatro ochavillos. Según otro allegado, el cahiz tiene efectivamente doce fanegas y equivale a 666 litros, pero como medida de peso para el yeso, el cahiz se divide en 24 costales y tiene doce fanegas de siete arrobas y ocho libras castellanas cada una, luego si se necesitaban 140 cahices y cada uno tenía 24 costales, se gastaban en la obra 3.360 costales. Y de aquel yeso, que de muerto no tenía nada y sí mucho de bravo, lo que explica que, aun desmantelados, resistan los condenados el paso de los siglos y las agresiones de toda índole, pues hay paredones para rato.

La obra del molino, hasta el enrase de la muralla, sin contar la cubierta o capucha, mide alrededor de ocho metros de altura. La capucha tiene en la cúspide o centro del cucurucho un grueso madero